

## Ramiro Ledesma y las JONS Julio Gil Pecharrómán

A comienzos de los años treinta, Giménez Caballero aparece vinculado al lanzamiento de la primera operación política destinada a consolidar una opción de tipo fascista en España. Su auténtico motor era, sin embargo, un modesto funcionario llamado Ramiro Ledesma Ramos. Ledesma había nacido en Alfaraz, provincia de Zamora, y era hijo y nieto de maestros rurales. En 1921 ingresó por oposición en el cuerpo de Correos y Telégrafos, en el que sirvió en Valencia, Barcelona y Madrid. En la Universidad Central estudió Filosofía y Letras y Ciencias, aunque no llegó a terminar esta última carrera. Hombre de sólida formación intelectual, lector de Kant, de Hegel, de Nietzsche y de Heidegger, de Unamuno y de Costa, frecuentaba en esta época el Ateneo, las tertulias literarias a que tan aficionados eran los intelectuales madrileños y los círculos filosóficos en los que reinaban los maestros del pensamiento Ortega y Zubiri. Sus colaboraciones aparecieron en publicaciones de la categoría de la *Revista de Occidente*, donde fue invitado por el propio Ortega, y de *La Gaceta Literaria* de Giménez Caballero, de la que fue colaborador habitual desde 1928.

José María de Areilza, con quien mantuvo una estrecha colaboración política, ha dejado un magnífico retrato suyo:

«Ramiro era un hombre en la treintena, no muy alto, de aspecto fornido, recio, de cara pálida, nariz prominente, barbilla afirmativa, frente despejada, pelo abundante castaño oscuro y una mirada gris acerada, profunda e inquisitiva, como de hombre sumido en reflexión, atento a la meditación interior. Cooperaba a esa sensación su sordera bastante acentuada, que ponía un punto de interrogante perenne a su rostro cuando escuchaba al interlocutor, midiendo la modulación de los labios de éste. Hablaba con un ligero acento entre galaico y extremeño, propio de la tierra fronteriza de Zamora de la que procedía. Rodaba un poco las erres y añadía un cierto tono nasal a la dicción. Era una mente clara, ordenada y metódica. Exponía, analizaba y enjuiciaba. Parecía hombre acostumbrado a manejar esquemas mentales y a navegar entre coordenadas matemáticas.» (7)

En vísperas de las elecciones municipales de abril de 1931, Ledesma encabezó el equipo redactor del semanario *La Conquista del Estado*, cuyo primer número apareció el 14 de marzo. Formaban también parte del Consejo de Redacción, Ernesto Giménez Caballero; el periodista Antonio Bermúdez Cañete; Ramón Iglesias Parga y Manuel Souto Vilas, profesores universitarios; los diplomáticos Ricardo de Jaspe y Antonio Riaño; el dibujante Francisco Mateos, Alejandro M. Raimúndez, oficinista, y el periodista Juan Aparicio, que actuaba de secretario. La publicación habría sido subvencionada por algunos financieros bilbaínos, convencidos por el subsecretario del Ministerio de Economía, José Félix de Lequerica, así como por el delegado de Turismo de Madrid, y se había visto también beneficiada por los fondos puestos por el Gobierno a disposición de la propaganda electoral monárquica. (8)

El manifiesto fundacional del grupo de *La Conquista del Estado* se debía a la pluma de Ledesma, y el radicalismo de su contenido tenía muy poco que ver con los programas de los partidos que intentaban apuntalar entonces a la Monarquía vacilante. El texto, que incluía un programa de diecisiete puntos, sentaba los principios doctrinales del fascismo español, que ellos denominaban *nacionalsindicalismo* (9), y del que Ledesma iba a ser el más sólido teórico. En primer lugar, la supremacía del Estado sobre los individuos y los grupos particularistas, incluida la Iglesia Católica: «¡¡Nada, pues, sobre el Estado!!» Luego, una defensa del papel de la universidad («Somos, en gran parte, universitarios») en la vida nacional. En tercer lugar, un nacionalismo imperialista, una «afirmación de la cultura española con afares imperiales». Después, un proyecto descentralizador, consistente en la confederación de municipios en comarcas con autonomía administrativa, aunque bajo el control del Estado, dotado de soberanía «indiscutible y absoluta». El quinto epígrafe estaba

dedicado a plantear el Estado *sindical* sobre bases corporativas: «La sindicación de las fuerzas económicas será obligatoria y en todo momento atendida a los altos fines del Estado.» Finalmente se abordaba la organización del propio grupo, que no buscaba votos, «sino minorías audaces y valerosas», unas falanges militarizadas, a las que sólo podrían pertenecer los menores de cuarenta y cinco años. (10)

En octubre de 1931 Ledesma y sus amigos decidieron convertir la empresa editorial en un grupo político, las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (JONS). Fracasado su intento de atraer hacia el nacionalsindicalismo a los obreros afiliados a la CNT, tenían muy claro que para sobrevivir debían pactar con alguna organización política que defendiera unos postulados cercanos a los suyos. Fue entonces cuando surgió la posibilidad de una alianza con las Juntas Castellanas de Actuación Hispánica, que dirigía en Valladolid un abogado de veintiséis años llamado Onésimo Redondo.

A diferencia de Ledesma, Redondo estaba vinculado al catolicismo social —era miembro de la ACNP— y su pensamiento incorporaba no pocos elementos del de la derecha autoritaria. Antiguo lector de español en la universidad alemana de Mannheim, trabajaba como secretario del Sindicato de Cultivadores de Remolacha de Castilla la Vieja, una pequeña organización que sostenía una dura y desigual batalla de intereses con las industrias azucareras. Activista católico y monárquico, el Redondo que en abril de 1931 vitoreaba emocionado en la estación ferroviaria de Valladolid a la reina Victoria Eugenia en viaje hacia su exilio (11) estaba más cercano al Primo de Rivera dirigente de la UMN que al Ledesma que clamaba por la revolución desde las páginas de *La Conquista del Estado*.

Tras colaborar en la fundación de Acción Nacional en Valladolid, Redondo actuó como propagandista de este partido en los núcleos rurales de la provincia. A mediados de junio de 1931 sacó a la calle un modesto semanario, *Libertad*, que estaba destinado a tener una larga vida. En el contexto de reciente triunfo republicano, señala Frago del Toro, «el título de este nuevo semanario hizo que todos creyeran que se trataba de un periódico más del nuevo régimen, pero su lectura desconcertó a las gentes. No se trataba de un periódico liberal, pero tampoco era reaccionario» (12). Durante el verano, Redondo maduró la idea de crear su propia organización, las Juntas Castellanas de Actuación Hispánica (JCAH), que lanzó a comienzos de agosto con la colaboración de un reducido grupo de amigos. La nueva formación obedecía a unos principios que su órgano de prensa resumía bajo la consigna de «tradición y renovación», hermanadas en «la revolución hispánica, que no ha comenzado, que es urgente, que es necesaria para la salvación de todos, que tiene que correr a cargo de una promoción juvenil inflamada de anhelo de engrandecer a España» (13).

Marcadamente católicas y anticomunistas, las JCAH eran menos manifiestamente fascistas que el grupo de Ledesma. No obstante, *Libertad* saludó a *La Conquista del Estado* como a una publicación afín. Redondo entró en contacto con Ledesma y sus conversaciones dieron fruto, a mediados de noviembre, en un acuerdo de fusión de sus grupos bajo la etiqueta de las JONS. La formación resultante quedó al mando de un *triumvirato* constituido por Ramiro Ledesma, Onésimo Redondo y Francisco Jiménez, quien no tardaría en ser sustituido por Antonio Bermúdez Cañete, redactor de *El Debate* y procedente de parecidos círculos católicos a los de Redondo.

A lo largo del año y medio siguiente, las JONS arrastraron una existencia muy precaria, prácticamente reducidas a unas docenas de estudiantes en Valladolid, Madrid y alguna otra sede universitaria. Las inquietudes sindicalistas de Ledesma y de alguno de sus colaboradores conducían a un callejón sin salida. Para el Gobierno, se trataba de un grupo de alborotadores de extrema derecha a los que había que vigilar. A raíz del golpe de Sanjurjo la represión se abatió sobre los jonsistas. Ledesma, que no había participado en la intentona, fue encarcelado, mientras Redondo, que sí estaba comprometido, huyó a Portugal. A comienzos de 1933 las cosas no podían ir peor, e incluso Ramiro Ledesma volvió dos meses a la cárcel a causa de un sumario abierto tiempo atrás por un artículo suyo contra el Estatuto de autonomía de Cataluña. «Vivía el jonsismo —escribe Borrás— una vida canija, difícil, sin éxito.» (14)

## LA MARCHA DE LEDESMA

En las Navidades de 1934 la Junta Política celebró una reunión en Madrid para calibrar la situación del partido, que era realmente dramática. José Antonio volvía a ser víctima de la duda y el desaliento, como le había sucedido a comienzos del verano, y ante los miembros de la Junta reconoció «que la situación del partido era angustiosa, que había entrado en un bache de gran profundidad y peligro». La pérdida de la financiación del marqués de la Eliseda y de sus amigos alfonsinos sumió a Falange, que precisaba de unas 40.000 pesetas mensuales para gastos corrientes, en una grave crisis económica. Hasta tal extremo llegó la falta de dinero que les cortaron la electricidad de la sede central, por impago, y las reuniones tenían que celebrarse a la luz de las velas. Tomás Borrás ha recreado aquellas semanas de penurias: «Los cristales del balcón están rotos, tapado su frío con papeles [...] la única máquina de escribir circula, y se guarda cola para redactar un artículo o una carta [...] el que dispone de una peseta la da para el carbón de la estufa o para el recibo de la luz.» (26) Llegó un momento en que no se pudo hacer frente al prioritario pago del alquiler del palacete de Marqués de Riscal y Eliseda no tenía, lógicamente, el más mínimo interés en seguir asumiendo el gasto.

Finalizada con tono pesimista la reunión de la Junta Política, varios consejeros procedentes del antiguo jonsismo, Ledesma, Redondo, Álvarez de Sotomayor y Mateo, se reunieron en la cafetería Fuyma, situada en la Gran Vía madrileña. Allí discutieron la situación del partido, y todos coincidieron en sus críticas al rumbo derechizante que la unificación había impuesto al nacionalsindicalismo. Consciente de las dificultades que plantearía apartar a José Antonio de la jefatura de FE, Ledesma no se mostró partidario de forzar un golpe de mano. Prefería que sus seguidores renunciaran a sus cargos y se dieran individualmente de baja antes de refundar las JONS. En cuanto a la Central Obrera, que dirigía Sotomayor, debería romper también abiertamente con Falange. Por los dispersos testimonios que quedan de la reunión, parece que todos se mostraron de acuerdo, aunque Redondo manifestó sus dudas de que la JONS de Valladolid se sumara en bloque a la escisión.

A la hora de tratar este asunto, los autores falangistas han hecho hincapié en que se trataba de «una diferencia de tipo personal, y no ideológico», y a Ledesma le ha tocado cargar con el sambenito de la envidia, «esa pasión tan propia de la España mediocre, opuesta a la selección adecuada de los valores». Conforme a esta versión, la rebelión ledesquista habría sido provocada por motivos puramente personalistas, y los que siguieron al zamorano, «venían a ser unos resentidos» (27). Pero resulta evidente que, por encima de la incompatibilidad personal, lo que se dilucidaba era una rivalidad por el liderazgo del nacionalsindicalismo y, sobre todo, dos formas de concebir la ética y la estrategia del movimiento.

Primo de Rivera y Ledesma no congeniaron ni fueron capaces de limar sus diferencias doctrinales. Nunca confiaron plenamente el uno en el otro, y un enorme abismo les mantuvo separados, tanto por su origen social como por sus características personales. Ledesma era miembro de la humilde clase media rural castellana y veía a su correligionario como un representante de la aristocracia, un tópico *señorito*, incapaz de sentir auténticos anhelos revolucionarios. «Ramiro —se quejó en cierta ocasión José Antonio— me reprocha que vaya a beber un whisky a Bakanik a las nueve y media de la noche, cuando acabo la primera jornada de trabajo. ¿Es que forzosamente por ser jefe de Falange me debo encerrar en casa o ir a sentarme en una taberna de los barrios bajos o en un café céntrico de currinches?» (28)

Los ledesquistas contemplaban con recelo el aparato burocrático que rodeaba al jefe nacional, encabezado por Fernández Cuesta, y que a su juicio realizaba una política sectaria, incompatible con el pluralismo interno que ellos siempre habían defendido. Según uno de ellos, «había un señoritismo que enfermaba». Los jerarcas joseantonianos actuaban «como un pequeño gobiernillo... celosos de sus competencias, y que incluso se habían fijado sueldos» (29). Algo parecido opina Stanley Payne, para quien en torno a José Antonio Primo de Rivera se había formado «una camarilla servil, compuesta de viejas amistades personales, poetas fascistas, antiguos pasantes de su bufete, y otros aduladores por el estilo» (30). El mismo jefe

era criticado por la forma excesivamente personalista en que llevaba la dirección del partido: «Todo tenía que recibir su autorización, hasta el límite de tener que necesitarse para mover una mesa de una habitación a otra. Y como él no iba más que de doce a dos, por la mañana, porque las tardes, con puntualidad ridícula, se las pasaba en el Parlamento, terminó la cosa por no funcionar ya apenas ni el aparato burocrático, que no podía moverse sin contar para cada caso con él.» (31)

Fundamentalmente interesados en mantener el control del movimiento sindical, Ledesma y sus compañeros se habían refugiado en la Secretaría de la CONS, alojada en un pequeño edificio anexo al palacete de Marqués de Riscal. Desde allí contemplaban con creciente preocupación las dificultades económicas y organizativas y la marginación a que ellos mismos se creían sometidos por los cuadros joseantonianos. Pensaban que éstos no tenían el menor interés por el futuro de la central sindical, que sobre el papel contaba con diecisiete sindicatos de oficio pero que en la práctica apenas levantaba cabeza. De hecho, los iniciales quince mil afiliados se habían visto reducidos en tan sólo cuatro meses a unos dos mil, y eso a pesar de que muchos de ellos habían encontrado trabajo a través de la central, sustituyendo a los trabajadores despedidos por sus patronos en la oleada de represalias laborales que siguió al fracaso de la Revolución de Octubre.

Para plantear la ruptura, Ledesma recurrió a uno de sus medios favoritos: un diario republicano. El 14 de enero, *Heraldo de Madrid* publicaba una nota, firmada por él, por Redondo y por Sotomayor, en la que se expresaba «la necesidad de reorganizar las JONS fuera de la órbita de Falange Española y de la disciplina de su jefe, José A. Primo de Rivera». El objetivo de tan drástica medida era «encauzar el descontento y las protestas que entre la casi totalidad de los antiguos camaradas jonsistas se advertía contra el espíritu y los hombres que últimamente predominan en FE», a fin de «afianzar el carácter nacional-sindicalista revolucionario» que las JONS habían aportado a la fusión y conectar con «los sectores más propiamente populares de España».

Ledesma había cometido el error de enviar la nota a Delgado Barreto para que la publicase en *La Nación*, y el periodista se había apresurado a telefonar a José Antonio para darle cuenta de la maniobra. Parece que también Manuel Mateo, temeroso de las consecuencias del enfrentamiento, había dado marcha atrás y le había informado de la reunión en la cafetería y de los pasos dados con posterioridad. (32)

El jefe nacional decidió actuar con rapidez, imponiendo medidas radicales de depuración contra los disidentes. Había recibido poco antes acusaciones de debilidad por su negativa a aplicar un correctivo a Eliseda, y ahora estaba dispuesto a cortar por lo sano lo que, en principio, parecía una mayor amenaza a su autoridad. En una organización pequeña que respondía a una concepción militar de la jerarquía no era posible la existencia de corrientes disidentes de la línea oficial, y cualquier crítica a la actuación del líder, sobre todo si se realizaba a través de un leidísimo periódico de tendencia liberal, era considerada como una traición a la cohesión interna.

El domingo, día 16, José Antonio convocó a la Junta Política e hizo aprobar la expulsión del partido de Ledesma y de Sotomayor. Con ello pretendía hacer aparecer como una medida de castigo surgida de su propio ejercicio del mando lo que en realidad era una libre decisión de los disidentes. La edición de *El Heraldo* de ese día incluía una nota suya comunicando la medida, pero nada decía de Onésimo Redondo, a quien creía poder ganar para su causa. Valladolid era la plaza que podía determinar el éxito o el fracaso del cisma. Para convencer a los falangistas locales, les envió a los seuístas José Miguel Guitarte y Alejandro Salazar. También habrían actuado en este sentido algunos medios vinculados a los jesuitas con los que Redondo mantenía una estrecha relación. (33) Pero la incógnita sobre la actitud de este último se mantuvo aún durante varios días. El 18, en una entrevista concedida a *Heraldo de Madrid*, Ledesma le incluía entre los «organizadores y agitadores» que abandonaban con él Falange. Pero no era cierto, y es posible que tal decisión nunca se la llegara a plantear seriamente Redondo, quien, pese a sus dudas, mantuvo siempre su lealtad a la jefatura.

En el seno del Sindicato Universitario los disidentes contaban con las simpatías de un cierto número de afiliados. Durante algún tiempo planeó la amenaza de una escisión del

SEU, que José Antonio tomó muy en serio. Pero la dirección seuísta, con Manuel Valdés al frente, logró mantener el control. (34) Otra preocupación fundamental era desactivar la disidencia ledesmista en el seno de la CONS, donde, pese a la actitud oficialista de Mateo, era patente un alto grado de crispación entre los trabajadores afiliados, en su inmensa mayoría fieles a Sotomayor. El lunes 17 José Antonio se presentó con algunos de sus más estrechos colaboradores en las oficinas de la central. No llevaba puesto el uniforme, sino un impecable traje gris con camisa blanca y corbata. A la entrada, un nutrido grupo de obreros intentó cerrarle el paso. Hubo de soportar gestos hostiles, gritos de «¡fuera de aquí los señoritos!» e incluso algún conato de agresión. Al entrar en el local, comentó: «Quizá salga muerto de este cuarto. Pero lo que es seguro es que antes de matarme habréis de oír a este señorito.» Logró imponer silencio, y entonces explicó su versión de los acontecimientos. Al salir, se había ganado el respeto de los sindicalistas y, en adelante, el grueso de ellos le seguiría apoyando.

La escisión jonsista fue muy minoritaria y se vio cortada en seco por las enérgicas medidas de depuración que aplicó el jefe nacional en las dos semanas siguientes. Con Ledesma salieron de Falange los elementos más caracterizadamente opuestos a la línea joseantoniana, como Alvarez de Sotomayor, Enrique Compte, los vallisoletanos Martínez de Bedoya y Emilio Gutiérrez Palma y algunos otros afiliados dispersos, fundamentalmente estudiantes. En carta al director de *Informaciones*, José Antonio afirmaba que la cifra de abandonos no llegaba a las dos docenas en toda España. (35)

Vencedora en toda línea, el ala joseantoniana se quedó con el nombre, la estructura material y la simbología de FE de las JONS. La dirección de la Junta Política recayó a partir de entonces en Ruiz de Alda, cuya falta de ambiciones personales era proverbial. Para ocupar el hueco dejado en la Junta por Ledesma, el jefe nacional designó al nuevo responsable del SEU, Alejandro Salazar, un almeriense muy leal a su persona, pese a su independencia de criterio.

Los fugados intentaron reconstruir las JONS, pero no lo consiguieron. Las relaciones entre Ledesma y Primo de Rivera quedaron rotas, aunque algún autor afirma que se reconciliaron en la primavera de 1936, cuando el segundo estaba ya en la cárcel. (36) Antes de eso, y sobre todo en las primeras semanas después de la ruptura, se atacaron mutuamente con gran ferocidad. Ledesma acusó a su rival de utilizar «una palabrería demagógica», a pesar de lo cual «son notorias sus relaciones con la alta Banca y con los grandes terratenientes andaluces». Por su parte, José Antonio denunció, conocedor como era del origen de la financiación jonsista, que un «feroz revolucionario» como Ledesma no dudaba en «recibir fondos por la mayordomía de algunos millonarios archiconocidos», que le permitían, a pesar de tener un sueldo de 450 pesetas al mes, gastar «dos o tres mil entre viajes, alojamiento independiente, invitaciones a cenar y salario de tres pistoleros en automóvil» (37).

Ledesma, que dependía de su trabajo en Correos, siguió manteniendo un estilo de vida realmente austero. Sin embargo, pidió ayuda a los alfonsinos para lanzar una nueva revista. Con pequeñas aportaciones pudo poner en la calle, a mediados de febrero de 1935, el semanario *La Patria Libre*, que retomaba los símbolos gráficos y las consignas que los jonsistas aportaron dos años antes a su fusión con Falange. La publicación, escrita en su mayor parte por su director, tuvo una vida efímera, ya que sólo publicó siete números a lo largo de un mes y medio de existencia. En sus páginas aparecieron reiterados ataques a Falange, comenzando por un manifiesto salido de la pluma de Ledesma, en el primer número, en el que se denunciaban «los errores y el espíritu desviado» de Primo de Rivera, cuya adhesión al nacionalsindicalismo se había demostrado como «un truco ingenuo, una ficción sin jugo, cuyo sostenimiento por parte nuestra nos convertía en verdaderos cómplices de una farsa contra el auténtico sentido nacional y popular de nuestra doctrina». Falange, escribía semanas más tarde, formaba parte de los «fascismos imitativos... blandos, pastosos, algodónosos», caracterizados «por su tendencia notoria a desconocer toda angustia popular, pues se incuban en medios sociales de privilegio y están ligados a todas las fuerzas reaccionarias de la sociedad. Se construyen, por tanto, para ahogar toda clase de conquistas populares y circunscriben sus afanes a edificar una jerarquía de castas». El marqués de Estella, «millonario y extrafino», pertenecía al tipo de líder fascista de los Mosley o los Starhemberg, «un Duce aristócrata, millonario, que gasta sus cuartos en organizar el partido» (38).

Los desahogos de *La Patria Libre*, aun procediendo de una revista que no leía casi nadie, irritaron a los falangistas. Se pensó en emprender acciones de castigo contra Ledesma, que iban desde la habitual sanción de la purga con ricino hasta el atentado mortal con arma de fuego. Sin embargo, José Antonio se negó a que los más exaltados de sus seguidores se tomaran la justicia por su mano en la persona de quien había sido creador y referencia intelectual básica del nacionalsindicalismo. (39)

El acto oficial constitutivo del SEU, celebrado en el cine Hispania, en Valladolid, el 20 de enero de 1935, fue el momento que escogió el jefe nacional para dar por cerrado el asunto de la escisión. Allí, ante los estudiantes que eran sus más entusiastas seguidores, explicó cómo entendía su condición de líder, el carisma de caudillo con el que había sido investido pocos meses antes: «La jefatura es la suprema carga: la que obliga a todos los sacrificios, incluso a la pérdida de la intimidad; la que exige a diario adivinar cosas no sujetas a pauta, con la acongojante responsabilidad de obrar. Por eso hay que entender la jefatura humildemente, como puesto de servicio; pero por eso, pase lo que pase, no se puede desertar ni por impaciencia, ni por desaliento, ni por cobardía.»

Una vez más, había superado sus dudas, aunque a un alto precio. Rotos los puentes con sus protectores monárquicos y anulados quienes, desde dentro de Falange, podían disputarle su control, estaba más solo, pero más firme que nunca. Y nunca había estado tan seguro de seguir la vía correcta hacia la consecución de sus anhelos personales y políticos.

#### Notas:

- (7) J. M. de Areilza, *Así los he visto...*, pág. 89.
- (8) S. G. Payne, *Falange. Historia del fascismo español*, París, 1965, pág. 10; S. Ellwood cita un testimonio oral de Aparicio en este sentido (*Prietas las filas. Historia de Falange Española, 1933-1983*, Barcelona, 1984, pág. 28).
- (9) Ledesma Ramos escribía *nacional-sindicalismo*, y Primo de Rivera *nacionalsindicalismo*. Como este libro es una biografía del segundo, utilizamos la expresión sin guión.
- (10) R. Ledesma Ramos, *Escritos políticos 1931*, Madrid, 1986, págs. 45-48.
- (11) J. M. de Areilza, *Así los he visto...*, pág. 139.
- (12) V. Frago del Toro, *La España de ayer*, Valladolid, 1955, vol. 1, pág. 233.
- (13) Suelto de *Libertad*, 7, 27-7-1931. Atribuido a Redondo en *Onésimo Redondo (textos políticos)*, Madrid, 1975, pág. 45.
- (14) T. Borrás, *Ramiro Ledesma Ramos*, Madrid, 1971, pág. 352.
- (26) T. Borrás, *El Madrid de José Antonio...*, pág. 25.
- (27) F. Bravo, *Historia de Falange Española...*, pág. 84, y *José Antonio, el hombre...*, págs. 82 y 83.
- (28) F. Ximénez de Sandoval, *José Antonio...*, págs. 168 y 169.
- (29) Declaraciones de J. Martínez de Bedoya, en J. L. Mínguez Goyanes, *Onésimo Redondo...*, pág. 68.
- (30) S. G. Payne, *Falange...*, pág. 102.
- (31) J. Martínez de Bedoya en *La Patria Libre*, 1, 16-2-1935.
- (32) Entrevista con Juan Aparicio en S. Ellwood, *Prietas las filas...*, pág. 60; J. L. Mínguez Goyanes, *Onésimo Redondo...*, pág. 70.
- (33) S. Ellwood, *Prietas las filas...*, pág. 60.
- (34) R. Ibáñez Hernández, *Estudio y acción. La Falange fundacional a la luz del «Diario» de Alejandro Salazar (1934-1936)*, Madrid, 1993, págs. 76 y 77.
- (35) Carta de Juan Pujol, de 19-1-1935, en O. C., pág. 1.141.
- (36) A. Gibello, *José Antonio, ese...*, págs. 198-200.
- (37) Entrevista a Ledesma en *Heraldo de Madrid*, 18-1-1935; J. A. Primo de Rivera, «Arte de identificar "revolucionarios"», en *Arriba*, 1, 21-3-1935.
- (38) «Las JONS rompen con FE. Manifiesto de las JONS», en *La Patria Libre*, 1, 16-2-1935; «Los fascismos de exportación», en *La Patria Libre*, 4, 9-3-1935.
- (39) F. Bravo, *José Antonio, el hombre...*, págs. 56 y 85.

[Texto extraído de los capítulos 5. “La primavera del fascismo en España (enero-septiembre de 1933)”, epígrafe: Ramiro Ledesma y las JONS, p. 157 - 161; y 10. “El jefe nacional (octubre de 1934-enero de 1935)”, epígrafe: La marcha de Ledesma, p. 344 - 352; del libro *José Antonio Primo de Rivera. Retrato de un visionario*, Ed. Temas de Hoy, Madrid, 1996, 557 p.]

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»  
>SECCIÓN SOBRE RAMIRO  
>DOCUMENTO N. 58